Hay que abrir las puertas de templos y locales para mostrar que la fe no está desconectada del día a día y tener presencia en el entorno adonde muchos prácticamente han trasladado su vida real: el mundo virtual.

(**MATEUS RODRÍGUES***, 05/03/2019) | Un sondeo de YouGov muestra que prácticamente uno de cada cinco jóvenes de 16 a 25 años en Reino Unido cree que no vale la pena vivir.

Uno de cada cuatro no ve un propósito para su vida y más de la mitad cree que las redes sociales producen una gran presión, especialmente al compararse con la vida de sus amigos en internet.

Estos datos son mencionados en un reportaje de El Mundo sobre la tendencia al alza del suicidio juvenil en las islas británicas, una situación que causa alarma al ver cada vez más adolescentes y jóvenes que no encuentran propósito en sus vidas y se hunden en la depresión.

Desde un punto de vista cristiano el diagnóstico es claro: son las consecuencias de una sociedad cada día más nihilista. La generación actual de jóvenes europeos está distante de la fe, sea cual sea el tipo de espiritualidad; en consecuencia, sus dudas más profundas permanecen sin respuesta y solo les queda la desesperación.

Ante esta situación de abandono de la fe y vacío existencial, desde las iglesias muchos están poniendo sus esperanzas de solución en diferentes caminos. Uno de ellos es el auge de movimientos que, en la esfera política de diferentes países europeos, defienden el rescate y protección de valores morales cristianos. Sin embargo, para el ámbito espiritual esta solución no es más que un espejismo. No hace falta más que mirar a la historia: de aquella Europa cristianizada en la que religión y estado se confundían queda más bien una población que ya ni siquiera posee conocimientos básicos sobre el cristianismo y que, en consecuencia, apenas asiste regularmente a las celebraciones de los templos cristianos, donde la media de edad de los pocos que acuden suele ser alta.

A unos 60 km de Montpellier, en Francia, se sitúa Anduze, una pequeña población de unos 3 mil habitantes que posee uno de los edificios protestantes más grandes del país galo. Con capacidad para 600 personas en bancos dispuestos en forma de medio círculo, el Grand temple d'Anduze cumplirá 200 años en 2023 y hace algunas semanas ha sido cerrado para obras de mantenimiento. A la vez que la reforma física, la congregación que allí se reúne está luchando por una reforma espiritual en la localidad para volver a ver cultos llenos y que el edificio no tenga el mismo destino de otros templos europeos reconvertidos en cafeterías, pubs, bibliotecas o incluso algún skatepark, como le ocurrió a una iglesia católica situada en un polígono industrial en Asturias.

El secularismo que diezma la membresía de las iglesias cristianas, empezando por los jóvenes, no deja indemne ni siquiera al islamismo. El miedo que muchos tienen a un posible futuro de dominio islámico en Europa a través de la inmigración y reproducción natural se viene abajo con tan solo observar lo que pasa en Turquía: en ese país de tradición musulmana el intento de promoción religiosa desde el gobierno está causando el efecto contrario entre los jóvenes, que se alejan de la religión. Exactamente lo mismo que se vivió en España en el siglo XX, donde la imposición de un catolicismo de estado produjo una generación que se “destapó” y educó a sus hijos lejos de las parroquias.

Un punto de esperanza es el crecimiento del movimiento evangélico en Europa y también en España. Un estudio de Evangelismo a Fondo publicado en 2017 indica que la población evangélica en el país sobrepasa las 364 mil personas, sin contar diversas iglesias étnicas que podrían elevar el número al medio millón o más. En cuanto a iglesias locales,

datos del Observatorio del Pluralismo Religioso
contabilizan alrededor de 4 mil lugares de culto evangélicos en España. Sin embargo, todavía hay millones de personas viviendo en poblaciones sin presencia evangélica, y es posible que haya otros millones de habitantes de ciudades más grandes que viven en barrios donde tampoco existen iglesias protestantes; una situación que puede acentuarse por el éxodo de congregaciones hacia naves y oficinas en polígonos industriales y parques empresariales ante la dificultad de encontrar espacios en zonas más residenciales.

Es evidente, además, que la juventud no se está alcanzando con las formas tradicionales de compartir el mensaje del Evangelio, especialmente la manera exprés a pie de calle o en macroeventos y grandes campañas. Los adolescentes salen cada vez menos, prefiriendo pasar tiempo dentro de casa, en internet. Además, para muchos ser de una iglesia o practicar una fe es algo “cutre”, por no hablar del rechazo generado por escándalos morales en instituciones que se afirman cristianas, así como la influencia de ideologías que menosprecian el cristianismo por su concepto de moral.

En los últimos tiempos se ha intentado conectar con la juventud desde el ámbito cristiano de diferentes formas que no han calado, como adoptar un camuflaje (no parecer tan “cristianos”) o consentir contravenciones, siendo así incapaces de dar respuestas satisfactorias por no contrarrestar la fuerte influencia de los valores relativistas.

Por ello, es urgente llevar la respuesta de las buenas noticias de Jesucristo de forma más adecuada a las nuevas generaciones. Eso pasa, entre otras cosas, por abrir las puertas de templos y locales para mostrar que la fe no está desconectada del día a día y tener presencia en el entorno adonde muchos prácticamente han trasladado su vida real: el mundo virtual. Ya hay iniciativas. ¿Qué más se puede hacer?

Autor: **Mateus Rodrigues***.